

Recordar, compartir, aprender

**Santiago de Compostela**

América Lías Campos

Yarimar Ruiz Orozco, 26 años

## **AMÉRICA, NO ES UN NOMBRE DE TANGO**

*Dos generaciones mas, dos generaciones menos encontrándose por vez primera, de alguna manera dos continentes, dos mundos separados, un encuentro marcado por la enigmática magia de poderme encontrar a mi misma, con el paso del tiempo de la sabiduría, con otro origen, con otro rostro en otro momento, y un telón de fondo convertido en nombre, America.*

Me escurro entre los pasillos laberínticos de este lugar aterrador adornado con viejas estatuas que con nostálgicas miradas parecen hablar de otro momento de un lugar mejor, el enorme océano de sabiduría de ese sitio abruma, tantas historias sin contar, tantos secretos sumergidos en cada uno de ellos no hace mas que impulsarte más y más y entre el temor de mi propia timidez, casi asfixiada por no saber que decir o en que dirección ir perdida en el navío de mis deseos, allí aparece ella como posando en una pequeña silla. Sin yo saber que la he descubierto, y ella sin saber que mis flores adornaran la esquina de su pequeña habitación. Un momento de duda, un destello que me trae a la realidad y la confirmación como el grito a tierra; he descubierto a mi América.

Ávida de conocimiento, ansiosa de emprender mi propia conquista, y de explorar mis nuevas tierras me dispongo a sentarme a su lado, y a priori, aun exaltada por mi descubrimiento, impaciente intento comunicarme para que sea ella quien a través de su agotada retina me sumerja en estas tierras maravillosas inexploradas, llenas de mares inmensamente ricos de conocimientos, de selvas profundamente hermosas, llena de amores insospechados, de trabajos arduos y difíciles y en fin de grandiosos personajes que apenas llego a vislumbrar desde mi pequeño navío a orillas de toda esta belleza. Pero al primer intento surge el problema de la comunicación: la lengua gallega, y es que a pesar de todos mis viajes anteriores hasta ese momento entre mis virtudes no contaba el dominio de esta lengua.

Pero no había cruzado mi propio océano de temores para rendirme al primer obstáculo, mi atrevimiento debía hallar su propia recompensa; así que al igual que viejos mitos que he oído, procedí a obsequiar mis tesoros, a cambio de los propios de ella, fue así como se desvaneció mi exaltación. Comenzaba la parte mas difícil de mi exploración, pues de aquí en adelante debería confiar en ella sobre los pasos que comenzaríamos a recorrer; y lo haría no solo con los peligros tan propios del terreno desconocido, iba a ser una travesía sin la posibilidad de ser advertida, prácticamente incomunicada.

Mis tesoros, unas flores que una vez obsequiadas me llenaron de seguridad al ver como transfiguraron el rostro de mi anfitriona, el tesoro que pedía a cambio no era otro que la exploración de los sitios más mágicos y maravillosos que recordara su frágil cuerpo. Y así nos adentramos en su aldea.

En el arduo laberinto entre la orilla del conocimiento y su pequeño pueblo hubo muchas perdidas entre las murallas estratégicamente colocadas para evitar mi paso, y mis esfuerzos vanos de tratar de anotar en mi pequeña libreta las coordenadas exactas para poder una y otra vez reingresar entre la selva espesa de su memoria.

Finalmente llegamos a la aldea, sencillamente aldea como su único nombre y adjetivo, y desde la distancia vislumbré unas 25 casas muy pobres, con pequeños huertos para sembrar, la mayoría con calderas y chime-neas para protegerse del clima. Inmediatamente nos dirigimos a la pequeña casa del centro donde habitaba la pequeña América, danzante tímida e infeliz, no iba al colegio, se dedicaba al cuidado de las vacas, y a ayudar

a su madre Arminda, que como todas las de su pueblo hacia magias para poder llevar una casa llena de niños, y con tan solo dos camas para acomodarse, una para el matrimonio y la pequeña para los críos.

La danzante América llegó a mi lado y con la inocente mirada, me contó posiblemente lo primero que invadió su recuerdo y aun con los problemas de comunicación existentes, y con la mirada perdida, recordaba como tan solo unos días atrás su madrina, la llevaba por primera vez al mar, no había sido un viaje por diversión. El curador del pueblo le recomendaba la sal marina, y el agua helada del océano para aliviar el dolor de su pierna; curiosamente la misma pierna que aquejaba a la anciana que me había recibido días atrás en el puerto de llegada. Salí de la pequeña casa encantado por la inocencia de esta niña, el amor tan puro entre ella y su padre Felipe, quien trabajaba la piedra para mantener su pequeña familia.

Pero el tiempo apuraba y en proceso de dirigirme a mi próxima parada vi a las jóvenes danzando en plaza, tocando ritmos que jamás había imaginado, bailando danzas hermosas era el estado más puro del cortejo humano. Curiosa decidí acercarme, quería bailar como ellas, entender sus tradiciones para poderme integrar en sus costumbres, a mi entrada en la plaza, y con mi típica curiosidad por los instrumentos nuevos y las tonadas desconocidas comencé a acercarme a la banda que tocaba al fondo de la plaza. Una joven América vino a mi y casi en secreto a discreción me advirtió en su lengua que apenas comenzaba a entender que las jóvenes que agarraban la pandereta jamás la soltaban, y solo bailando conseguiría marido, no pude evitar mi curiosidad. Así que permanecí a su lado y vi como el joven Felipe alto y fornido, de mirada dominante, se acercaba a la joven América, y entre sus manos, se la llevaba para danzar entre saltos sobresaltados y ritmos armónicos por el restos de sus vidas.

Busqué a la anciana del puerto para que nuevamente me llevara a mi navío, sentí el deber de llevar como mayor tesoro lo visto y contarlo, poco a poco al ritmo de su pierna mas dolorida que nunca llegamos al puerto para mi partida, me dio un beso en la mejilla, y me dijo: “La vida es un tango”.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Así resumió esta cálida mujer su impresión de lo que para ella ha representado su vida: “Muller, !la vida es un tango!”.

América, postrada con su diminuto cuerpo en el asiento, me lleva a viajar a través de una Europa que desconocía, llena de situaciones con dificultades, y con carencias. Una Europa en contraste con la tierra de excesos que parece ser hoy en día. América me invita a través de sus pequeños ojos, y en la lengua de sus antepasados a adentrarme en este mundo de arduo trabajo y de castigos severos.

Una mujer que siente que la tarea de su vida ha sido una incansable e interminable labor de hogar, primero como hija alejada de los estudios para ayudar al sostén de una familia numerosa que carecía incluso de camas suficientes para alojar a sus hijos; y luego como mujer de un hombre, que como tantas otras se vio obligada a permanecer en el hogar, para cumplir con el justo deber de las buenas mujeres de la época, quedarse en casa a criar a los hijos, preparar la comida, y cuidar las buenas costumbres dentro de su hogar.

Pero en el fondo esta mujer con danza en sus entrañas nos invita a reflexionar sobre las bondades de un presente casi siempre visto como una época decadente, y destructiva, pero que a través de sus pupilas es el tiempo de la holgura, donde las tareas se tornan más sencillas, hacer el pan, tener la posibilidad de comprar comida, e incluso la ropa no representan una verdadera tarea, y donde cada jueves puede tranquilamente ir al salón de la residencia donde se aloja a ver a los demás bailar tangos y entonces sentirse feliz.